



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 16 de diciembre de 1990

Queridos hermanos y hermanas:

1. La liturgia de este día nos presenta a Juan el Bautista que, a orillas del Jordán, señala en la persona de Jesús al Mesías anunciado por los profetas, y abre el camino de su ministerio al hablar del nuevo bautismo que conferirá "en Espíritu Santo y fuego" (Lc 3, 16).

En efecto, Cristo vino al mundo como el *icono viviente del misterio trinitario* –Padre, Hijo y Espíritu Santo–, realidad eterna del Ser que es Verdad y Amor, abierto al mundo en la creación y comunicado al hombre en la redención. Él es igualmente el *icono viviente del hombre*, de su redención y elevación, y por tanto de su verdadera grandeza, a pesar del drama personal y social descubierto, enunciado y experimentado durante los días de la caída de los progenitores. En él todo ser humano, joven o viejo, erudito o ignorante, rico o pobre, empresario u obrero, reencuentra plenamente las razones de su dignidad de persona, llamada a un destino trascendente de gloria.

2. Precisamente el Papa León XIII, en la encíclica "*Rerum novarum*", reivindicaba esta dignidad para los obreros, acentuando su derecho a *proveer responsablemente a sí mismos* para el presente y el futuro, de modo tal que puedan satisfacer sus necesidades diarias con la ayuda de la sociedad y del Estado, pero sin someterse, como seres inconscientes e incapaces de autoadministrarse, a un único poder social desproporcionado y opresor. Por eso el Papa León advertía a los patronos y empresarios sobre sus deberes, recordándoles que éstos comienzan "por respetar, en los obreros, la dignidad de la persona humana", evitando "tratarlos como esclavos, ya que sería "verdaderamente indigno *abusar de un hombre como si fuera una cosa* para obtener provecho, y no estimarlo más de lo que valen sus nervios y sus fuerzas".

Volveremos de nuevo sobre este tema de la dignidad del *hombre* que es necesario respetar *en todos los hombres*, según la interpretación que dio León XIII en el contexto de las relaciones sociales en el mundo moderno. Deseo recalcar aquí que este discurso se inspira y toma su contenido sustancial en el *Acontecimiento decisivo de la historia*: la Encarnación del Verbo, el Adviento de aquel que con su palabra y con su propia vida en medio de nosotros nos enseñó que las relaciones entre los hombres han de estar iluminadas por la luz del icono de Belén, del Amor y de la Verdad, que es Cristo, "resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, que sostiene todo con su palabra poderosa", como se lee en el prólogo de la *carta a los Hebreos* (1, 3).

3. Ésta es la revelación cristiana del *verdadero rostro del ser humano*: todo hombre y toda mujer revisten a la luz de Cristo un significado, un valor que es *el principio de solución* del drama –interior y exterior– de la existencia, agravada por la herencia de Adán y Eva, y el elemento central de la perenne reconstrucción personal y social.

En María Santísima, queridos hermanos y hermanas, tenemos ante nosotros el punto de llegada de esta reconstrucción. En ella, nueva Eva, resplandece en toda su belleza el proyecto que Dios va desplegando en la historia con vistas a su cumplimiento en el último día. Pidamos a la Santísima Virgen que sepamos colaborar responsablemente en esta empresa exaltante.